

## CAPITULO XVII.

## Los enemigos de la Cruz.

Hasta aquí hemos considerado el misterio de la cruz en sí mismo; hemos dicho cuál era el principio de regeneracion que habia depositado en el mundo; nos queda que estudiar en sus manifestaciones su eficacia maravillosa. Enumeremos desde luego los enemigos poderosos que se presentan á combatirla.

Cuando en el templo de Jerusalem el santo anciano Simeon tomó á Jesus en sus brazos, profetizó así: "Este niño ha sido enviado para hacer la pérdida y la salvacion de un gran número en Israel: él será, pues, un signo de contradiccion."<sup>1</sup>

Más tarde Jesucristo, hablando de sí mismo, profetizó á su turno: "No creais que yo he venido á traer la paz á la tierra; no, yo no he venido á traer la paz, sino la espada."<sup>2</sup>

Estaba, pues, anunciado que la cruz no haria una entrada pacífica en el mundo, sino que, por el contrario, los pueblos rechazarian como á una enemiga á esta divina bienhechora que les traia el remedio de un mal que ellos amaban, aun cuando fuesen víctimas de él. Todos aquellos á quienes confundian sus milagrosos sucesos, han pretendido para disminuir su gloria, que ella no habia hecho mas que aparecer para ver caer el universo á sus piés; pero no; estaba en sus destinos combatir, y ella ha predominado en medio de sus ene-

<sup>1</sup> San Lucas, cap. 2.

<sup>2</sup> San Lucas, cap. 12.

migos. *Dominare in medio inimicorum tuorum.* Hoy mismo, despues de mas de diez y ocho siglos de combates, si ella reina, si permanece en pié, es luchando siempre y oyendo proferir en torno suyo gritos é imprecaciones de rabia y de odio.

Desde el principio, siete enemigos terribles la han atacado, y á los siete ha vencido: sin embargo, estos enemigos no han muerto; ellos viven en medio de nosotros, atacando y defendiéndose todavía. Estos siete enemigos son el judaismo, el paganismo, el racionalismo, el poder temporal, el hombre, Satanás y la muerte. Contra sus esfuerzos reunidos es contra los que la cruz debe marchar sola atrevidamente.

El judaismo habria debido ser su auxiliar natural, pues que ella descansa sobre él, y lo completa explicándolo. Desgraciadamente el judaismo no se ha comprendido á sí mismo: él ignoraba la causa de su existencia fenomenal en medio de las naciones; ó mas bien, en su orgullo, atribuyó á Dios la idea injusta y mezquina de haberle establecido para sí mismo y sin ninguna armonía con el plan general de la Providencia. Los judíos, viéndose objeto de una eleccion especial, acabaron por creer en una superioridad de su raza, y desdeñaron altivamente á los gentiles. Este Mesías tan prometido á sus padres, y que ellos esperaban con tanta impaciencia, no fué ya á sus ojos sino un conquistador, dueño de la victoria, que debia pasear sus banderas triunfantes de un extremo á otro de la tierra, y conducir al pié del trono único de Israel á todos los pueblos subyugados. Ellos vivian hacia dos siglos arrullados en esta orgullosa esperanza, de cuyo encanto falaz no han salido todavía. Tanto como se sentian orgullosos y dispuestos á filiarse en las banderas de este guerrero que su imaginacion, exaltada por las profecías, tomadas en sentido contrario, les pintaba tan poderoso y magnífico, tanto debieron sorprenderse de oír al Hijo de un pobre artesano, artesano él tambien, sin extraordinaria



apariencia, anunciarles que Él era el Cristo prometido á David y á los patriarcas.

Evidentemente la naturaleza de sus ideas les conducia á tratarle como á insensato, y á acogerle con desprecio. Sin embargo, los prodigios se multiplicaban bajo de sus pasos, sus discursos respiraban la mas alta sabiduría, y las poblaciones maravilladas se precipitaban á su encuentro. Pero los doctores judíos no se sintieron muy conmovidos de los prodigios de su poder y de su palabra, cuando le oyeron tratar de ceguedad y reprocharles como falsas interpretaciones de las promesas de Dios, sus esperanzas de dominacion universal: no pudieron resolverse á creer que todos los hombres eran hermanos; que estaban todos convidados al banquete de la vida moral; que no habria ya en lo sucesivo ni judíos ni gentiles, y que Dios sin hacer acepcion de personas, queria igualmente la salvacion del género humano.

Predicar esta doctrina era aniquilar su gloria pasada, destruir el sueño de su gloria futura, confundir su nacionalidad privilegiada en la masa de las demas nacionalidades, y ponerlos á nivel de los otros pueblos. El egoismo, la vanidad hebráica no pudo sufrirlo: así fué que desde el principio Jesucristo vino á ser el objeto de todos sus ataques, que no cesó su odio de perseguirle, hasta que habiéndole clavado en la cruz, creyeron haber clavado allí tambien su doctrina.

Con todo, no quedaron sin alguna inquietud, porque recordaron que aquel impostor habia dicho: "Yo resucitaré dentro de tres dias." "Mandad, pues, dijeron á Pilato, que se guarde el sepulcro hasta el tercer dia, para impedir que sus discípulos vayan á robar el cuerpo, y digan al pueblo: 'Ha resucitado;' porque el último error seria entonces peor que el primero."—"Id, les dijo Pilato, y hacedlo como habeis pensado." Y ellos fueron al sepulcro, le cerraron bien, sellaron la piedra y pusieron guardias: pero hé ahí que de improviso, mientras que ellos descansaban en estas minuciosas precauciones, la cruz, victoriosa de la muerte, se levanta

ta y viene á proponerse á sus adoraciones. ¿Quién podrá comprender su asombro, su temor, su rabia? ¿Dejarán ellos en pié esta cruz que se alza sobre su cabeza como una venganza, como un testigo siempre vivo de su orgullo, de su ingratitud, de su maldad, de su furor deicida? ¿Ratificarán el Nuevo Testamento, que admite con ellos á todos los pueblos á la participacion de la herencia divina, cuya posesion absoluta se reservaban? No; ellos serán los enemigos mas perseverantes de la cruz; y si hay algo admirable en el mundo, no es verles luchar contra ella, sino ver á uno solo de ellos caer con amor al pié de ese patíbulo que sus padres habian levantado.

Si la cruz destruia las ilusiones del judaismo, contemplaba menos al paganismo, porque ella le trastornaba plenamente. Todas las antiguas religiones, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, y que hasta entonces habian gozado del respeto de los reyes, de los pueblos y aun de los filósofos, debian oír decir por una religion nacida ayer, é infamada por el suplicio de su Autor, que no eran sino un tejido de errores groseros, de supersticiones absurdas, de prácticas ridículas; una obra funesta de mentira y engaño, para degradar y corromper á la especie humana, y por último, que iba á llegar el dia en que desaparecerian para siempre.— Pero el paganismo no habia muerto, ni aun estaba resignado á morir; y cuando la cruz le atacaba con semejantes reconvencciones, con tales amenazas, manifestando la atrevida pretension de elevarse sobre sus ruinas, él se declaraba su implacable adversario, y le indicaba debia prepararse para una guerra de esterminio.

El paganismo era, por otra parte, un campeón mas temible que el judaismo: no estaba solo limitado á un rincon de la tierra, y defendido por un puñado de adeptos; él, por el contrario, llenaba todo el universo, y tenia al género humano por partidario. Su principal representante era la idolatría, fuerte con todo el poder de un imenso imperio, en que



ella habia echado profundas raices. Atacarla era atacar la religion de los antecesores, la religion del pais, esa religion que formaba la base de las instituciones nacionales, que habia conducido tantas veces las legiones á la victoria, que prometia á sus creyentes el imperio del mundo; era sublevar contra sí todas las preocupaciones de la educacion, todos los recuerdos piadosos, todos los instintos de la costumbre, todas las afecciones, todas las pasiones patrióticas. Aun cuando no pasase en la creencia, se amaba la idolatría; los sabios mismos la veneraban y se conformaban con sus prácticas: era amada como se ama todo lo que halaga, como los reyes aman á los cortesanos; y el agorero que pasaba sonriéndose cerca del agorero, gozaba con placer de su dignidad, sin pensar en hacer votos por que agradables errores no viniesen ya á comprometer la gravedad de su fisonomía. La idolatría era cómoda: lejos de contrariar las inclinaciones corrompidas de la naturaleza, las favorecia; en su moral nada habia que pudiese espantar los sentidos; por el contrario, se prestaba á todos los deseos del corazon y los satisfacía plenamente. Por un arte que tenia algo de prodigio, ella habia fundado de tal modo en una mitología encantadora la indecencia y la majestad de los dioses, habia mezclado tan hábilmente lo noble y lo abyecto, que el espíritu, seducido con magníficas imágenes, fascinado con brillantes colores, contemplaba no solamente sin disgusto, sino con agrado, las mas obscenas concepciones bajo el velo ingenioso que las transfiguraba. Estas invenciones de la fábula eran tan risueñas, que su atractivo ha vencido á los siglos, y que ellas han hecho mucho tiempo, y hacen todavía el encanto de nuestras artes, de nuestra literatura y de nuestros espectáculos. ¿Qué cosa mas seductora que ese culto grandioso celebrado en templos imponentes; que esas graves ceremonias que santificaban el sacrificio bajo bóvedas resplandecientes con el oro, y decoradas con todas las obras maestras del arte; que esas largas procesiones conducidas por el emperador y el senado, donde se veian marchar religiosa-

mente á los sacerdotes, á los guerreros, á los magistrados, á los mas distinguidos ciudadanos; que los coros de los adolescentes y de las vírgenes embelleciendo con sus armoniosos cantos y sus danzas sagradas, á todo lo cual seguian los juegos, los espectáculos, los festines públicos que completaban siempre los honores tributados á los inmortales?—“Si pudiera ofrecerse á vuestros ojos una ceremonia pagana, dice el padre Lacordaire; si pudiéseis ver á Roma entera subiendo al templo de Júpiter Capitolino; ese pueblo, esas legiones, ese senado, todos los recuerdos patrióticos subiendo con ellos, y todos juntos llevando á los dioses la nueva victoria de Roma; si hubiéseis oido el silencio y el ruido de la unanimidad, ese murmullo de todas las pasiones convencidas de su derecho y satisfechas de su triunfo, tal vez, sucumbiendo á esa general embriaguez, hubiéseis tenido un momento inclinada la cabeza y adorado en las manos de Roma á los antiguos dioses del mundo!”

Y sin embargo, he ahí lo que la cruz venia á destruir, y no solo á destruir, sino á reemplazar. Romped, decia ella, romped esos vergonzosos y ridículos simulacros que demasiado tiempo habeis adorado; renunciad á esa religion del deileite, huid de esas fiestas criminales. ¿Y para qué? Para caer á los piés de este Judío sacrificado que yo llevo en mis brazos; para renunciar á vosotros mismos, para tomarme sobre vuestros hombros y marchar por esta via estrecha, sembrada de abrojos y de espinas, que yo abro bajo de vuestros pasos.—Se puede muy bien juzgar cuál seria la resistencia que ha debido oponer el paganismo á esta órden inaudita y estraña.

Batiendo en brecha á las falsas religiones, la cruz reservaba ademas terribles golpes al racionalismo. Ella venia, es verdad, á prestar un apoyo á la razon, á levantarla, á dirigirla, pero sin declarar una guerra implacable á la independencia racional. La razon no comprendió este designio, y se sintió humillada de que se le pusiese á tutela. Orgullosa de haber